

El Arché del Karate



Shurijo

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014

Detallar el nacimiento de una lengua ha de ser una tarea apasionante y, ciertamente, una aventura de extrema dificultad. En relación al español, los expertos anotan evoluciones que se remontan a periodos muy alejados en el tiempo: Indoeuropeo, Lenguas Prerromanas, Latín, Romance, etc.

Es un hecho aceptado por todos que el núcleo original de nuestra lengua fueron los monasterios de Santo Domingo de Silos, en Burgos, y San Millán de la Cogolla, en La Rioja, pues las primeras letras escritas en romance castellano tuvieron allí su punto de arranque. Esta circunstancia convirtió durante siglos a estos dos centros religiosos en auténticos focos de emisión e influencia cultural para todo el sur de Europa.

Con el transcurrir de los tiempos, el crecimiento exponencial del español ha hecho que su influencia se extienda a través del Continente Americano, Norte de África, Guinea Ecuatorial o el Archipiélago de las Islas Filipinas, en el Sudeste Asiático.

El Instituto Cervantes, auténtico buque insignia de nuestra Cultura, realiza una encomiable labor de divulgación, acercando nuestra idiosincrasia a millones de personas, enseñando nuestra historia y defendiendo nuestro patrimonio a lo largo y ancho de los cinco continentes, teniendo como bandera, siempre, la lengua que nos une. En la actualidad, nuestra lengua es hablada por cuatrocientos millones de personas, existiendo Centros de Estudios en las principales capitales del mundo, siendo su expansión continua y su progresión, ascendente.

Sí. Este es un crecimiento sobresaliente pero con algunas variables contradictorias.

En su libro *“Pedir lo Imposible”* el escritor esloveno *Slavoj Zizej* hace alusión a esa *“expansión universal del lenguaje”*, poniendo el acento en una particularidad: un incremento exponencial de tal naturaleza supone un alejamiento de aquello que un día fue el origen de una lengua y, esto, por entender que un aumento tal de nuevos hablantes ha de venir acompañado, también, del incremento de circunstancias contrarias a su esencia: unas transformaciones que le irán distinguiendo de la *“lengua madre”* y, por tanto, alejándolas de su fuente, constándose esto en términos de pronunciación, entonación o incorporación de localismos.

En ocasiones, en países que aportan al conjunto una gran cantidad de alumnos en proceso de uso o aprendizaje de una determinada lengua –como China o India- el volumen de nuevos hablantes llega a ser de tal magnitud que resulta tentador confundir cantidad con calidad; semejante coyuntura puede conducir a algunos a valorar en exceso el número, por encima de la singularidad: aquella que atesora la pureza de un idioma, conservado, fidedignamente, en su lugar de origen.

¿Es acaso el inglés que utilizan chinos e indios el prototipo a seguir...? ¿Será, quizá, el español que escuchamos en Latinoamérica el paradigma de nuestra Lengua, una

lengua que aquí, en España, se muestra en minoría frente al creciente número de latinoamericanos hispanohablantes...?

Yo creo que siempre hay que volver la mirada hacia el punto de origen, reivindicar siempre la esencia, allí donde la perspectiva de la historia -y de la geografía- ha demostrado que ha de situarse. Esto, en mi opinión, esto debería ser válido para cualquier actividad humana.

Tras los últimos resultados obtenidos en el Campeonato del Mundo de Karate, discutíamos acerca de algunos comentarios que entroncan con la reflexión que he apuntado. En efecto, para muchos dirigentes deportivos el polo de atracción del Karate ha de situarse ahora en Europa, pues algunas de sus selecciones han sido notoriamente preponderantes en ese contexto competitivo, siendo también superior el número de competidores aportados al evento. Esta situación ha conducido a algunos a defender una tesis: existe un nuevo centro neurálgico del Karate y éste habría que situarlo entre nuestras fronteras. Con esta idea, hay quien propone desplazar de esa honorable posición a aquellos lugares considerados, históricamente, origen del Karate Tradicional: China, Okinawa, Japón.

Sí. Una vez más vuelve a repetirse la falta de perspectiva, la paradoja que supone el desarrollo de la cantidad, añadiendo las variables típicas y tópicas de una mentalidad consumista, apriorística y competitiva capaz de romper con aquello que los griegos denominaban *Arché*: Principio, Comienzo, Inicio, Razón de Ser de las cosas.

Hace ya más de dos mil años, los presocráticos explicaban que ha de existir un fundamento más allá de la multiplicidad; un asiento más allá del movimiento constante de las cosas; un referente de origen consustancial a la idea de progreso. Es imposible dar pasos adelante sin olvidar quienes somos y de dónde venimos.

Al igual que una Lengua es la manifestación de una forma de mirar el mundo, y en ella dejan sus huellas: paisaje y clima, emoción y psicología, usos y costumbres; así, también, las Artes Marciales imbricaron dentro de sí: un ambiente y un panorama geográfico, impresiones y mentalidades, ocupaciones y rutinas diarias; es decir, todo el equipaje exterior e interior de aquellos hombres y mujeres que le dieron forma y nombre. En mi opinión, todas estas singularidades han conformado semejante forma de Expresión que es el Budô y, al igual que ocurre con las lenguas, estas peculiaridades pertenecen a un *Arché*.

Meditaba sobre todo ello mientras, en silencio, me recordaba a mí mismo paseando por el puerto de Kume, tratando de rememorar el espíritu de aquellos pioneros que salían y entraban desde el humilde puerto de Naha con destino incierto hacia Fukien, aquellos que, después de pasar no pocas penurias, traerían consigo tanto saber, fruto de sus aventuras continentales y marítimas.

Sí, me recordaba sentado, comiendo en las escaleras de Shinseibyō, en Naminoue, mirando hacia el Océano infinito para entrar, después, en la vieja Meirindo y recordar a los educadores confucianos que despertaron del letargo a los primeros estudiantes de Okinawa.

Me pensaba cruzando, raudo, el barrio de Nishi con el afán, único, de recordar a Kanryo Higaonna y, desde allí, llegar de inmediato al parque de Fukushu Enn, reducto principal de la cultura china en Okinawa.

Sí, quería traer de nuevo a mí memoria aquella que se había convertido en una de mis metas: el parque de Matsuyama, deseando volver a respirar aquella primera atmósfera que compartieran tantos insignes del Karate tradicional buscando, siempre, la mezcla de sistemas en un ambiente casi, casi, cosmopolita y aperturista.

Añoraba caminar una vez más hacia Tomari, para detenerme en su pequeño puerto, retomar fuerzas y subir a las cuevas de Furuherin, haciendo honor a los legendarios náufragos enseñantes del To-de.

Anhelaba desplazarme desde esa colina hacia Shuri, deteniéndome en Sogenhi para sentirme, también yo, un luchador del Tegumi decimonónico.

Quería volver a descubrir en Shikina Enn el espíritu de Sokon Matsumura dirigiendo mis pasos hacia ese magnífico espacio; ambicionaba imaginarlo allí, custodiando el castillo del Rey Sho, practicando el viejo Okinawa-te, enseñando su Arte a la Guardia Real.

Codiciaba reanudar con paso firme mi camino y leer algún poema de Funakoshi Gichin mientras cruzaba Engakujin con dirección a Tamaudun: ese descanso eterno de las dinastías reales de Okinawa.

Finalmente, aspiraba a subir una y otra vez al imponente Shurijo, para ver toda la bahía y tener a la vieja Naha delante de mí.

No hay palabras, quien lo ha experimentado lo sabe.

En el transcurso de la discusión continué defendiendo que, así como, paisaje y clima, usos y costumbres, mentalidades y psicologías conforman un carácter, así, también, se ha construido el espíritu de un Arte Marcial. Por tanto, es imposible comprender, únicamente, con los últimos acontecimientos, las últimas circunstancias, los últimos resultados, las últimas variables.

Hay que viajar siempre al pasado para descubrir nuestro Origen y encontrar, siempre allí, la Razón de Ser de nuestro Arte.